



A G U S T Í N P E R Y

¿A qué huelen las nubes de esta novela? Las nubes de esta novela huelen a podredumbre.

El asesinato de un periodista de investigación en la isla de Mallorca y la torpe serie de acciones y reacciones que desencadena sirven como hilo conductor a esta trepidante narración. Un magnífico *thriller* que retrata —con un estilo conciso y directo, y con gran conocimiento de causa— las relaciones que tejen y anudan la corrupción en España.

Es esta una narración dura —violenta en muchos aspectos— como no podía ser de otra manera, pues la voz del narrador se acerca a la del protagonista principal, un policía nacional curtido en las alcantarillas de la lucha antiterrorista y sobrado de testosterona.

Agustín Pery

# Moscas



Título original: *Moscas*  
Agustín Pery, 2018

---

Editor: Vins  
Revisión: 1.0  
Fecha: 29/08/2019

«Los malvados son como las moscas  
que recorren el cuerpo de los hombres  
y solo se detienen en sus llagas».

Jean de la Bruyère

UNA HOSTIA EN LA sien. Cuatro patadas en el estómago. Quizá cinco. Las costillas rotas. El cuello quebrado. La cabeza abierta. Los ojos morados. Los dientes desperdigados. Un guiñapo en una escombrera.

lñaki Altolaguirre olisquea. Recorre el cuerpo. Se detiene en cada centímetro, cada rasguño, cada hematoma, cada herida abierta donde las hormigas se están dando un festín. Antes que ellas, las ratas han devorado la lengua y los globos oculares. «Un atracón de cocochas». No puede evitar sonreír con su ocurrencia. Ahí anda, descojonándose, cuando llega resoplando el bueno de Joan. Un profesional, con guantes. Andanadas de hostias y ni una jodida huella. Ni siquiera de unos zapatos. Joan Planells solo farfulla: «Se va liar parda, pero parda, muy parda, se va a...». Altolaguirre aprecia a su compañero de armas, pero no soporta sus mallorquinadas. Y repetir como un derviche en estado de éxtasis que se «va a liar parda» es una de ellas. Alto, concedor de su perímetro torácico, lo empinada de la cuesta, su adicción al tabaco y al zumo de cebada, decide intervenir. Poner fin al sufrimiento de su compañero de Homicidios con una frase que clarifique lo que de verdad ocurrirá:

—Quita Joan. Un par de esquelas, un mes de duelo y luego ni dios se acuerda del fiambre. Bueno, quizá le den el Ramón Lull *post mortem*. Ah no, coño, que no era aborigen. Mala suerte chaval. Te quedas sin medalla al mejor mallorquín del año. Tranquilo. Nadie lo va a echar de menos. ¿Qué te juegas a que más de uno lo celebra? Putas y *champagne*. A este mamón lo han matado en cooperativa.

El inspector Joan Planells soltó un bufido. Llevaba cua-

tro años trabajando con Ñaki Altolaguirre y seguía sin entender el humor negro del navarro con hechuras de pelotari y boca tabernaria. No traga con las formas, pero hace tiempo que se ha acoplado al fondo. Y sabe que justo ahí, en el fondo, su compañero tiene razón. El tipo que les ha traído hasta aquí es un peninsular. Mala cosa. Un periodista. Peor aún. Un plumilla envalentonado que metía el hocico en todas las putas madrigueras. Con sus gafitas, la mochilita de progre, el boli mordido.

El novato interrumpe con sus vómitos y espasmos la conversación de los veteranos. El chaval está lívido. Intenta disculparse con los vivos por su reacción ante el muerto. «Lo siento. Impresiona verlo así, con las manos atadas y esa cara...». Y lo empeora. Acaba de dar a Alto la oportunidad de darle una lección.

—Chavalote ¿qué haces tú cuando se te encara un guiri borracho? ¿También te acojonan los tatuajes y el olor a birra recién meada? Mierda de crío. Tira, hostia, tira. Y vosotros. A reiros de vuestras santas madres.

PARA CUANDO Alto prepara una ráfaga de insultos vejatorios de esos que le han hecho célebre en la comisaría, nadie en el escenario del crimen le hace ya ni puto caso. Todos están mirando hacia otro lado, justo ladera arriba. La culpa es de la mujer que baja, tacón en mano, por la inclinada pendiente del vertedero. Un reguero de solícitos polis se ofrece a ayudarla a bajar. Ella declina con un gesto. A esta paja no invitará la casa. Alto observa el espectáculo a pie de cadáver. Tiene preparado su discursito especial para togados. Que la niña se lleve una buena impresión, piensa.

—Una pena señoría, una pena. Pobre familia. Dos hijos y viuda. Todavía no me acostumbro y mire que en veinte años de servicio he tenido que levantar muchos cadáveres. En fin, ¿es su primer finado, señoría?

A Alto le gustaba vacilar a las tías buenas, mucho más si

encima llevaban toga. Le ponía cachondo. Tan profesionales en sus faldas de tubo, con la melena alisada y las turgentes tetas aprisionadas por una blusa blanca.

—Asesinado sí. Espero que podamos resolverlo pronto. Era periodista de investigación. De los mejores.

—Sí, sí. Un fenómeno. No se preocupe que Joan y yo trincaremos al culpable. Ya sabe que nos tiene a su disposición. Veinticuatro horas abiertos para lo que guste.

—Buenas tardes, agentes.

—Inspectores, señoría, inspectores.

—Es verdad, qué despiste. Inspector Altolaguirre, le deseo que pase un buen día.

Marga Valiente los tenía bien puestos. Tanto como para callar a esos polis con priapismo sin renunciar a las faldas ajustadas, los vertiginosos escotes y los taconazos. Eran, bien lo sabían en Vía Alemania, una jueza cojonuda embutida en un chasis que domesticaba a maderos y derretía a chorizos. Quien hubiera matado al *juntaletras* había tenido mala suerte. Los compañeros de Marga preferían sestear en el Dry, babear con las camareras e irse a cazar perdices con la cúpula de la Guardia Civil. Ella no. Quería ser la mejor porque sabía que era la única forma de demostrar a todos que su premio extraordinario de fin de carrera no lo consiguió bajo la mesa de ningún profesor. Cosas de la España negra que enervaban a la hija del catedrático de Derecho Romano.

Los hubo. Unos cuantos. Lo más variopinto del escalafón universitario. Adjuntos, catedráticos, compañeros con presuntos contactos. Los más comedidos, los que lograban controlar mínimamente su pulsión inguinal, trataban de camuflar sus insinuaciones. Pero eran tíos, sus gestos, sus comentarios y sus patéticas invitaciones a repasar el temario les delataban. Lo peor eran los cincuentones con despacho y el título pomposo de jefes de Departamento. Quizá debería haberlos denunciado, ir con el cuento al rector, pero Marga además de guapa y magnífica estudiante era prag-



mática. Optó por la táctica del camaleón. No podía ni quería renunciar a sus tetas, pero sí podía camuflarlas. Se tiró toda la carrera y la maldita oposición con pelo de chicazo, jerséis amplios, pantalones anchos y zapatillas de deportes. El día que leyó la tesis, ese sí, Marga Valiente pasó de patito a cisne. Se presentó vestida con una blusa azul, con dos botones abiertos y unos *stiletos*, regalo de su madre. Y hasta hoy, que marca el ritmo, frenético, de su juzgado sin renunciar a nada porque no tiene ni puñetera necesidad de hacerlo. Ya no. Ahí están los resultados. Las plegarias de los sospechosos por que la instructora de su calvario no sea la aragonesa.

NO FALTÓ nadie. El Cristo de la Sangre sin un banco libre. Era de esos funerales a los que hay que ir. Como si el Altísimo pasara lista. El todo Palma congregado en pleno julio para enterrar al *foraster*. Altolaquirre se puso en modo escáner. Su mirada batía las filas de bancos, escudriñaba lágrimas, le sorprendían los bostezos, se detenía en los cuchicheos y archivaba en la cabeza los rostros sonrientes. No estaba allí por morbo. Buscaba al contratista.

Los de la funeraria habían hecho un trabajo reseñable. De cómo le encontró a cómo le lloraba su viuda había un trecho de formoles, algodones y ceras olorosas. Así daba gusto morir, pensó. Pero ahora tocaba fijarse en los vivos. Muchas caras conocidas: jueces, empresarios, locutores, plumillas, sindicalistas, manadas de políticos. A todos les habían escocido alguna vez sus informaciones. A sus colegas, porque se les adelantó, o porque simplemente tuvo los *güevos* de publicar lo que ellos jamás se atreverían a mandar a rotativa; a los demás, porque les apuntó y tecleó su ruina. Una mosca cojonera. Algunos de los presentes estaban tan muertos socialmente como lo estaba físicamente el del féretro ante el que desfilaba una riada de presuntos dolientes. Como Estadea y la Santa Compañía.

Según un cálculo rápido a vista de poli, la mitad de las más de quinientas personas que abarrotaban el templo se habían acercado para comprobar que efectivamente el redactor de *El Día* no se iba a levantar de la tumba con la grabadora en una mano y un fajo de comprometedores documentos en la otra. Que tanta gente quisiera verlo muerto complicaba la cosa. Aquí no había líos de faldas. El capullo trabajaba catorce horas diarias por un sueldo anoréxico. No tenía tiempo ni de sacar la chorra a pasear. Le podían haber tirado en Cabo Blanco y que pareciera un suicidio, una víctima más de la crisis que había convertido ese acantilado en la Estación Termini de empresarios tan arruinados como desesperados. Aceleraban en la curva y lo siguiente era un amasijo de hierros y carne carbonizada mezclados con salitre. Algún pobre diablo se lanzaba al vacío con el cinturón puesto, para descojone general en la comisaría. A Alto le habría facilitado mucho la vida que se hubiera dejado caer con su Seat León. Pero no, en vez de eso ahora le tocaba aguantar al delegado del Gobierno, al jefe de Policía y hasta a los de Madrid, empeñados en que resolviera, «cagando pollas» fueron las palabras exactas, el asesinato de Antonio Basquida Cifuentes, periodista y *tocagüevos* principal de la casta local.

Quien ordenó su muerte ordenó también la forma. Con saña. Pura rabia. ¿Un aviso a navegantes? El sicario ni se molestó en ocultar el cadáver. Lo encontró un ciclista alemán al pie de la carretera de Puigpunyent. Estaba rodeado de neveras, troncos de palmeras asaeteadas por el picudo rojo y hasta una moto de agua en uno de los cientos de vertederos ilegales con los que los isleños sortean las estratosféricas tasas de la incineradora. Y ratas. Enormes. Glotonas. Dándose un festín interrumpido por el teutón y sus colegas de *tour* ciclista. Sí, todo un mensaje: quien destapó tanta mierda acabó sepultada en ella. «Por fin alguien con cojones en La Roca», pensó Altolaquirre mientras el sacerdote glosaba las excelsas cualidades de un tipo al que ni si-

quiera conocía. Cosas de la multinacional de la fe: especialistas en bodas, bautizos y comuniones. También en funerales de tronío.

Recordó las palabras que le dedicó el jefe en Ruiz de Alda nada más llegar a la isla. «Navarro ¿no? Curtido en el norte. Ya. Pues sepa que Mallorca es Sicilia pero sin muertos. Poco trabajo va a tener aquí Altolaquirre». Jódase, comisario. Ahora ya saben apiolar a los que perturban su paz de sonrisas falsas, miradas esquivas y secretos macerados tras persianas cerradas. Sobre todo, si el cotilla no es de los suyos sino un peninsular llegado a la costa en los 80, cuando Mallorca necesitaba periodistas y acabó reclutándolos en la muy católica y elitista Universidad de Navarra.

Aunque le jodiese, tantos años en la isla habían hecho de Altolaquirre casi un aborigen más. Se estaba adocenando y ahora por fin un caso a la altura de su hoja de servicios. Un poli fajado en los años de plomo de ETA que no se había acostumbrado al retiro dorado en el archipiélago. «Te podrás quitar el verdugo, una bicoca», le dijeron en Madrid. Necesitaba acción, sentir otra vez el sudor en las manos, el frío en la nuca, el corazón acelerado. El subidón de tener cerca a la parca. Como en su Baztan natal, donde los hijos de su hermana Nekane llevan *piercings*, pantalones ajustados, capuchas caladas y fabrican cócteles molotov a la salida de la fábrica. El orgullo del abuelo, el bálsamo que le ayudaba a olvidar el día que su primogénito le dijo que quería ser txakurra. Altolaquirre nunca volvió al caserío. Ni siquiera para enterrar a la ama. Era un cipayo, un traidor, escoria con placa. La vergüenza de don Fermín Altolaquirre Zarraluqui.

Alto había cribado sus recuerdos, borrado algunos, archivado otros. Como aquella tarde en que forró a hostias a Eneko. El día que la cuadrilla bajó a Pamplona. No recordaba la película, pero sí todo lo que ocurrió al salir. Eneko, grande y fuerte como un roble, bien parecido, las mejillas hundidas, el mentón delineado, un hoyuelo en la barbilla,

un aro en cada oreja y los músculos visibles debajo de una camiseta holgada de Kortatu. Todos llevaban camisetas de sus grupos preferidos, *rock reivindicativo del norte*. De ese que no escuchan las pijas del Opus. Pero es que ellos no se mezclan con esos. Comen los mismos *pintxos* pero no en los mismos bares. En los suyos, en los de los buenos euskaldunes, hay huchas de Gestoras, fotos de los gudarís presos por el Estado colonial español, serpientes enroscadas en hachas y lemas que hablan de un país libre de represores castellanos: Euskalherria libre. Por eso todos llevan pantalones ajustados, zapatillas de deporte y sudaderas con capucha. El uniforme de guerra con el que infundir miedo y ocultar el rostro ante las indiscretas cámaras de los cajeros bambeados en gasolina. Sí, las adidas para echar a correr en cuanto aparecieran los beltzas con sus uniformes todo de negro, sus escudos y sus escopetas cargadas con cartuchos de sal. Quizá luego se pasarían por Jarauta para liar una buena, que aprendieran los niños de la capital cómo se las gastan los del valle. Pero primero tocaba invitar a las chavalas a unos potes y dejarlas luego en el autobús. Se sentían héroes, un escuadrón de combate en su día libre. Y entonces lo vieron. Pelo corto, chupa de cuero marrón, camiseta con un mohicano impreso en la pechera, una morena del brazo y la riñonera en la cintura. Poli. Seguro. Siempre con la puta riñonera donde guardan la placa, el cargador y la pistola. Un madero paseando con la novia por el Casco Viejo. Demasiado goloso, demasiado fácil. Eneko soltó del brazo a la Edurne, se plantó en el chaflán del cine y lo soltó: «Txakurra kampa, gora Euskadi askatuta». Pero el poli no hizo lo que otros antes. Lo que recomendaba el minúsculo díptico con el que le obsequiaron en la comisaría nada más incorporarse de voluntario a un destino que no garantiza llegar a pensionista pero sí cobrar un plus con el que adecentar el indecente sueldo. Aquel tipo no estaba dispuesto a «no responder ante cualquier provocación por parte del entorno abertzale, evitar cualquier situación que

pueda poner en peligro su vida o la de los civiles que le acompañen». No aceleró el paso, no se perdió en las estrechas calles, llenas de pintadas y de meadas. Se giró. Soltó el brazo de su novia de ese día, escuchó como esta le suplicaba «Álvaro, por favor, déjalo» y se acercó al mocetón que acaba de llamarle perro. De abajo arriba, con la palma abierta. Eneko se tambaleó, se golpeó contra la taquilla ahora cerrada, entornó los ojos y notó como un hilillo de sangre brotaba de la comisura de su boca entreabierta. Pero no se cayó. Porque el madero le sujetaba de la camiseta rasgada para que no lo hiciera. «Qué, de machito con las zorritas estas». Señaló al grupo de chavales. Gorka, Ekin, Izaskun, la Edurne llorosa. E Iñaki, que le miraba hipnotizado. Le dio dos bofetadas más. No tan fuertes, pero mucho más humillantes. Sin soltarle de la pechera, como un guiñapo encogido. «Anda, llámame otra vez txakurra, échale huevos, que toda la cuadrilla está mirando, hombre». Eneko no lo hizo, porque estaba llorando. El semental que se follaba a todas las del pueblo, el gallito que jugaba a la pelota mano como Titin III, estaba gimoteando, con la cara hinchada, la mejilla violácea, y la boca que no paraba de sangrar. Entonces lo supo. Iñaki Altola sería policía. Para dar hostias como panes, porque ya no habría más Enekos en su vida, chulos de birras en el banco de la plaza. En unos años él sería el verdugo y todos esos capullos sus víctimas.

En el autobús de vuelta nadie chistó. Eneko apartó a Edurne de un manotazo, se encapuchó, dobló las rodillas entre los brazos y no abrió la boca. El lunes no fue a la ikastola, tampoco lo vieron en los billares y nunca más fanfarroñó con cruzar la muga para ver a los jefes en San Juan de Luz. Eneko aceleraba el paso, siempre con la capucha puesta y el móvil apagado. Iñaki lo veía cruzar por delante del caserío y sonreía. No sentía pena por él. Eneko era un mierda, ahora todo el mundo sabía que se arrugó, que bastó una hostia con la mano abierta para que el tigre del Baz-

tan se convirtiera en un gatito asustadizo, quebrado por el bofetón de un poli a la puerta del cine. Eneko tampoco apareció por la plaza a la semana siguiente. Ni a la otra. Lo intentó una vez. Pero las risotadas le frenaron en seco. «Anda, Eneko, dímelo otra vez, que está toda la cuadrilla mirando». Hasta Edurne reía, colgada ahora del brazo de Iñaki. Había nuevo macho alfa en la manada. Las cosas de chicos pronto fueron de mayores. «Qué Amaya, y tu chaval ¿ya no te ayuda en la carnicería?». «Anda raro, con las vacas todo el día, que no quiere bajar al pueblo. Yo ya lo intento, pero hija, ya sabes cómo son estos chicos, cualquiera les dice nada. ¿Está bien así? ¿No quieres llevarte unas txistorras? Ya sabes que las preparamos en casa».

A Eneko lo encontró su padre en el establo colgando de una viga, con las vacas de testigos. Todo el pueblo fue al entierro. Toda la cuadrilla llorando, abrazados unos a otros. Iñaki no. Ni una lágrima. Porque Eneko fue un mierda. Él no. Él sería el de las hostias con la mano abierta.

En la Academia de la Policía Nacional en Ávila pronto supieron apreciar sus virtudes. No todos los días ingresa un eskaldun. Descartaron prepararlo para infiltrado. De Donosti a Irún, todos en Euskalherria sabían que Iñaki Altolaquirre se había convertido en un cipayo. Hasta pusieron su careto con una diana en todos los frontones del Baztan. Demasiado arriesgado. Alto valía para otras cosas. Tenía la mano suelta y ni un remilgo para forrar a hostias a un detenido. Parecía un poli de los setenta y no de los noventa. A los barbudos les temblaban las canillas cuando le veían aparecer por el cuartucho del piso franco donde los secretas aplicaban métodos más innovadores a la hora de sacarles información. «Egunon, Gorka. Zer poza duzu hemen ikusteko. Zer bisitatu? Eskertu, gizon eskerrik gara». («Buenos días, Gorka. Un placer verte por aquí. Qué, ¿de visita? Se agradece, hombre, se agradece»). Entonces empezaban los golpes en el estómago con el listín telefónico.

Ahora que todas las agendas estaban informatizadas,

los policías de la unidad invisible de Alto le daban a las páginas amarillas una segunda vida, casi quitándosela a los interrogados. Alto agarraba fuerte el listín y golpeaba con toda su alma la tripa del hombre esposado tendido boca arriba en un catre. Cosas de la física y de un profundo estudio. Un cuerpo blando golpeando con fuerza otro cuerpo blando produce lesiones internas sin dejar huellas externas. Transcurridos como mucho diez minutos, Gorka pasaba de los insultos y amenazas a la lírica gimoteante de un sobrevenido colaborador policial. Alto era el único en esa sala, y el desdichado Gorka claro, que no llevaba la cara tapada. Necesitaba que el otro lo viera bien, que recordara por las noches cada centímetro de su rostro, que si se levantaba entre llantos y sudores supiera que el verdugo de sus noches en vela era Iñaki Altolaquirre, el txakurra del Baztan.

TOMEU CIFRE se caló la gorra que protegía del sol su incipiente calva, cerró los puños y apretó el paso. No tenía que haber ido. Toda la homilía con la sensación de que alguien le estaba observando. Sorteó el corrillo de empresarios que fumaba en la escalinata. «Buitres», masculló. «Tan corruptos como yo, tan cobardes, tan taimados», se indultó. «A ellos no les está amargando la vida Anticorrupción. Ya llegará. Aquí, como dijo Cristo, ni uno libre de pecado, que de piedras están las canteras llenas». El corazón le latía desbocado. «Me van a pillar, joder, me van a pillar». Pero tuvo que hacerlo. La Judicial estaba investigando a su constructora desde que el diario destapó los contratos amañados con el *Consell* de Mallorca. Una bacanal de sobres abultados entregados en una gasolinera de Inca. Con la obra pública parada y las promociones sin vender lo último que necesitaba era una orgía de artículos, opiniones afiladas y titulares a cuatro columnas en el diario de Basquida. Intentó parar el golpe, como siempre, incrementando la inversión publicitaria, reuniéndose con el director del rotativo, amenazando